CAPÍTULO XXX.

DE LA EDUCACION DEL ALMA.

No hay cosa que mejor revele el orígen celestial del alma humana, que las emociones que no tienen relacion con la conservacion de la vida material. Estas emociones que las criaturas inferiores no sienten jamas, parecen ser la introduccion de una existencia mas elevada.

(Madama DE SAUSSURE NECKER, *Educacion progresiva*, tom. II, p. 155.)

Con que ¿ignorais que ese peso era la gloria de Cornelia y de Juana de Albret? ¿Que el hombre recoge en amor lo que siembra en virtud, y que no hay corona que siente mejor en una cabeza cana, que la gratitud de un pueblo al cual se da un gran ciudadano?

(HENRY TRIANO, *Amigo de las familias*, nº. 7.)

LAS facultades del alma no se desarrollan todas á la vez, ni como si dijésemos de un solo golpe. Su desarrollo sucesivo está calculado con sujecion á nuestras necesidades: y en el momento conveniente van apareciendo para ilustrar, gozar ó combatir. Estudiar la época precisa de su aparicion, aprender á reconocerlas, á dirigirlas, á ponerlas en armonía, es lo que llamamos educar á un hombre. Esta educacion corresponde de derecho á las mujeres: solo ellas saben halagar la niñez, solo ellas pueden por

simpatía comprender los primeros movimientos de un alma que dispierta á sus caricias. Encargamos este trabajo á los catedráticos y á los lógicos; pero llegan harto tarde. Para entender bien la ciencia del alma es menester estudiar su alfabeto al pié de la cuna: el que no conozca sus principios, no podrá acertar su fin.

Apresurémonos pues á preguntar á las madres de familia, y nos dirán que el niño á los seis meses empieza á vivir en el exterior; que ve, juzga, goza; que una cara risueña le alegra, y que un semblante severo le espanta, y le entristece. Su inteligencia es todavía muda, y ya su alma simpatiza con la nuestra. Las impresiones responden á las impresiones, y forman un lenguaje afectuoso, cuyo secreto tienen pocos hombres. Mucho mas, los animales se mantienen en el reducido círculo de los intereses materiales, pero el niño se aficiona á los objetos que le admiran. No distingue aun lo que puede serle útil, y ya toma apego á lo que le agrada. Antes que el interes material, los placeres de la imaginacion; ántes que las revelaciones de la inteligencia, las simpatías del amor; ántes que las maravillas de la palabra, las relaciones misteriosas del alma, que recibe y comunica con el pensamiento. En esta marcha del ser humano hay cierta cosa superior. Del fondo de la vida sensitiva, el alma se manifiesta como por ráfagas, y nos revela el futuro contemplador de lo bello, el meditador del infinito en un niño que no se conoce todavía.

Estos son los primeros hechos que señalan la aparicion del alma; pero hay uno mas decisivo y mas vivo: la aparicion de la conciencia. Aun el niño no sabe lo que es deber, que ya se irrita contra la injusticia. Casi al nacer, en el seno de su madre, ó en los brazos de su nodriza, experimenta ya el sentimiento

de una delicadeza exquisita (1). Es la primera emocion que experimenta. Si le hemos castigado injustamente, se irrita, llora, pasa en su interior cierta cosa sublime, una conmocion general contra lo injusto que se manifiesta en el exterior por medio del dolor, ó de la cólera. Desde entónces queda tirada la línea de demarcacion; el ser espiritual se separa del ser animal, un sentimiento desconocido del resto de la creacion le hace hombre.

Mas tarde el niño ofendido en su conciencia, apela á Dios del juicio de los hombres. ¡Ah! si pudiésemos leer lo que pasa en su alma oprimida, y comprender cómo levanta los vuelos de su imaginacion hácia el cielo! su alma aspira á él, como al dia de la justicia. Allí será reconocida su inocencia, curadas sus heridas, se le dará crédito entónces, porque sufre por la verdad y por la virtud. Feliz *prevencion* de la conciencia: la muerte, que nuestras preocupaciones y nuestras pasiones terrestres presentan tan espantosa, nos aparece en nuestra primera juventud como el único remedio de las injusticias humanas. Apénas salida de las manos del Criador, el alma presiente que su elevado destino no puede cumplirse en esta vida.

No se crea que esta serie de juicios y de pensamientos sean fruto de la imaginacion: bosquejamos nuestros mas gratos recuerdos, y volvemos á nuestra niñez, para coger el alma en sus primeros movimientos. Probamos finalmente, por medio del estudio de nosotros mismos, la aparicion del sentimiento moral y de la conciencia, que es el mayor suceso de la historia del hombre.

En efecto á proporcion que desenvolvemos mas ó

(1) Véase el *Emilio*, libro I, p. 71; edicion de Dupont. El ejemplo que cita su autor, se renueva cada dia á nuestros ojos.

ménos estas dos facultades, nuestros hijos son mas ó ménos libres, mas ó ménos felices; sus virtudes dependen de este primer ensayo de nuestro poder. Tenemos en nuestras manos el móvil moral de la humanidad, dos facultades que revelan al hombre, dos facultades que conducen á Dios; pero tambien dos facultades de una delicadeza exquisita dispuestas siempre á exaltarse, y recibiendo y conservando cual blanda cera todas las impresiones. Si las ofendemos, desaparece el amor del prójimo; si las sofocamos, desaparece la vida moral; si las engañamos, se acabó el reposo, la libertad, la verdad. Las inspiraciones maternales pueden dar al hombre el vicio ó la virtud, como la palabra de Dios le da la vida.

Un poder de esta especie merece por cierto nuestra atencion y nuestra meditacion. Ejerciéndose sobre la niñez, tiene una reaccion sobre la madre, ennoblece sus primeros oficios, cambiando hasta la naturaleza de su ternura. Antes de considerar estas verdades, su prevision inquieta velaba sobre su hijo, le cuidaba y le acariciaba; era su sangre y su vida, un ser amante y sensible: ahora es una conciencia que le habla, un alma que le responde; que entrevé el cielo en su sonrisa, el infinito en su amor; dándole estas formas terrestres la idea de un ángel. ¡Oh! qué satisfaccion desarrollar por sí mismo las disposiciones religiosas de tan tierna criatura! darle la vida del alma, hacerla digna del amor de los hombres, y de la atencion de un Dios! Ya los sentimientos de lo bello y de lo infinito se mezclan con verdadero instinto á todos los placeres de la infancia. Crecemos, y á medida que las pasiones animales se desenvuelven, aparecen las facultades divinas para dirigirlas ó combatirlas, hasta que lo sublime se convierte en el sentimiento mas enérgico y mas vulgar de la juventud. Este ser indiferente, este muchacho tímido

estaba ayer jugando á las parejas y á los aros; y si sabemos mover su alma, se convierte en un émulo de Bayard, en un discípulo de Arístides y de Sócrates; desprecia la fortuna y la ambicion, todos los falsos bienes, todas las glorias pasajeras; y á la faz de la sociedad, que no comprende sus arrebatos, está dispuesto á morir en obsequio de su amigo, de su patria y de su Dios. ¡Oh prodigios! el hombre pasa sin transicion de la inocencia al heroismo! En el acto de encenderse el fuego terrible de las pasiones, todos los jóvenes desprecian el vicio, y deliran por la virtud.

Es menester aprovechar este momento: el niño nace bueno, hagamos que continúe siéndolo, y cuando llegue á ser hombre, si tiene pasion á lo bello, hagamos que esta pasion vaya creciendo con él. El sentimiento de lo bello tiene en sí mismo una fuerza superior á todas nuestras malas inclinaciones. Conozco á un hombre que en la edad de 17 años se abandonaba con furor á aquellas amistades pasajeras que muchas veces echan á perder la juventud; cifraba en ello toda su vanidad, y en ello hacia consistir todo su mérito: la religion, la moral, los consejos de sus amigos, nada habia podido detenerle, cuando su madre emprendió su curacion. Ni le exasperó, ni le aparentó una austera virtud; pero cada dia le hablaba un rato con tierno cariño, era la depositaria de sus confidencias, y haciendo recaer la conversacion sobre su propia juventud, le dejaba entrever afecciones mas tiernas, desprendimientos mas puros, una felicidad desconocida que con su conducta hacia cada dia mas inaccesible. El jóven, aturdido, empezó á sentir el vacío de sus placeres: su madre, despertando el sentimiento de lo bello, habia conseguido penetrar hasta en su conciencia: entónces le dió á leer la Nueva Eloisa: lectura encantadora que

le apasiona y le abre un nuevo mundo. Ya se imagina una Julia, un ser ideal, un ángel; quiere hallar esta mitad de sí mismo: pero ¿cómo del seno de los desórdenes, osar levantar sus ojos al cielo? El infeliz ha conocido su degradacion, abandona sus imprudentes afectos, y para hacerse digno del amor, entra con entusiasmo en la senda de la virtud.

Tiernas madres, apresuraos: considerad que las pasiones llegan como la tempestad; pero el jóven mira todavía al cielo. Por una prevision de la naturaleza que ha quedado inútil por no habernos fijado en ella lo suficiente, el instinto de la virtud dispierta, al propio tiempo que los sentidos se desarrollan y procuran dominar. No perdais esta hora preciosa en que los mas sublimes sacrificios se presentan como el fin natural de la vida! No temais ni el entusiasmo, ni la exaltacion romancesca! apoderaos del alma, si quereis dominar los sentidos, y dejad al tiempo y á la naturaleza el cuidado de restablecer la armonía.

Todas nuestras fuerzas morales estan en nosotros. El arte supremo de nuestros maestros debiera consistir en despejarlas, demostrarlas, pero es de lo que ménos se acuerdan. Sin mirar si la casa está ya llena, continúan atestándola de muebles. Fatigan la inteligencia con sus tristes máximas, y dejan dormir las facultades del alma, únicas que podrian hacer inteligibles las primeras. Felizmente estas facultades tan abandonadas tienen una fuerza particular que las impele hácia fuera. El sentimiento moral se manifiesta por el solo hecho de una violencia ó de una injusticia. El aspecto de la naturaleza, ó la presencia de la virtud bastan para despertar el sentimiento de lo bello. Nuestra alma es la que nos incita á los sacrificios y á los mas generosos desprendimientos; es la madre de las obras maestras y de las grandes acciones, y sin embargo en sus entusiasmos no llega jamas

á acabar el modelo ideal de la belleza, de la verdad y del heroismo que está en nosotros.

CAPÍTULO XXXI.

CONTINÚA EL MISMO ASUNTO.

> Las lecciones de la sabiduría necesitan una razon que la supersticion no haya fatigado, una conciencia que el mundo no haya pervertido.
>
> (RIVAROL, *Cartas á M. Necker*, p. 130.)

> Educando con cuidado nuestros hijos, haremos mucho para nuestra propia felicidad.
>
> (DROZ, *Ensayo sobre el arte de ser feliz.*)

Así la conciencia, el sentimiento moral y el sentimiento de lo bello se desarrollan temprana, fácil y espontáneamente. Estas tres facultades tienen una tendencia celestial, pero tienen tambien algo que hacer en este mundo: su mision consiste en exaltar el alma humana, y en adornar el camino de la vida por medio de la admiracion y de la virtud. No sucede lo mismo con respecto al sentimiento de lo infinito; el cual se manifiesta tarde, se desarrolla penosamente, y no llega jamas á conocerse. Extraño en la tierra, sin indicios de su noble orígen, se descarría al traves de nuestras pasiones y de nuestras ambiciones. Pasando de los enajenamientos del amor al furor del juego, á los deseos desordenados de la avaricia, á los delirios de la vanidad, é imprimiendo á cada

uno la infinidad que le devora, prueba todos los caminos humanos ántes de llegar al del cielo, y no entra en él hasta despues de haber experimentado que en el mundo todo es humo y decepcion.

No evitaremos jamas los desvíos del sentimiento de lo infinito, si no le hacemos con tiempo recuerdo de su orígen celestial por medio de la adoracion y de la súplica. Hablar de Dios á los niños, es en otros términos presentar á su alma el fin á que debemos encaminar las nuestras. Hagamos que el sentimiento del infinito se reconozca él mismo en presencia de Dios infinito, y nada se habrá perdido aun en medio de nuestras pasiones terrestres, si, del seno de sus tinieblas, el hombre vislumbra aun el camino radiante del cielo.

El autor del Emilio quiere que no se hable de Dios á los niños hasta que lleguen al estado de hombres, de miedo que las supersticiones impriman en sus almas tiernas ideas injuriosas á la Divinidad. El riesgo es grande sin duda, pero el remedio que propone lo es todavía mas.

¿Qué será de las facultades del alma, si las aislamos del cielo que es su tendencia? Deslumbradas por fuegos fatuos, engañadas por direcciones todas terrestres, perdidas en el vacío espantoso de nuestras pasiones, un dia les prestarán un ardor inagotable cuyo objeto no existe en la tierra; nos descarriarán, buscando su camino, y creerán haberle hallado aun en el crímen, si el crímen se presenta disfrazado de grandeza y de virtud.

Potencia maternal que invoco en mi auxilio, no te alucines. Si encaminas á cosas finitas el sentimiento del infinito que quiere la inmortalidad, las agotará todas sin agotarse jamas. Producirá en el alma de tus discípulos una avaricia insaciable, una libertad desenfrenada, la ambicion, la supersticion, el despo-

tismo, el furor, la desesperacion, la locura, todas las pasiones que nos consumen sin satisfacernos, que nos lisonjean sin hacernos felices. Alejandro, vencedor de Oriente, se irrita contra la pequeñez del globo; señor de los hombres, no sabe que hacerse del alma, y despues de haberla deslumbrado con la conquista del mundo, la embrutece en la crápula.

Esta es una de las hojas de nuestra historia. La generacion que crece, educada sin habérsele hablado de Dios, es la mas terrible respuesta al sistema de aquel autor, no porque esta generacion sea enemiga de toda moral: en su idea, los vicios han quedado vicios, porque el vicio es siempre bajo. Pero esos jóvenes han rehabilitado el crímen, han ponderado su energía; le han señalado su lugar en la política de los pueblos, en el acto mismo en que le condenan en la política de los reyes. ¡Desdichados! les he oido envidiar la gloria de Marat y la sabiduría de Robespierre! Hablan friamente de quitar cabezas para bien de la humanidad, y el reinado de los verdugos es en su concepto la regeneracion del mundo.

Siempre que un sentimiento noble se mezcla con algun sentimiento criminal, debe buscarse la causa en el desvío del sentimiento de lo bello y de lo infinito. Si reducimos el hombre á la tierra, le tomará apego: si le ocultamos el camino del cielo, desconocerá el fin de la creacion. ¡Ah! si el hombre ha nacido para buscar una felicidad terrestre, todos los crímenes quedan justificados! Pero si nuestro reino no es de este mundo, si el objeto de la creacion es encaminarnos á Dios por medio del amor; si á ello aspiran todas las facultades del alma, ¿porqué retardais el enseñarnos el cielo? Dejarnos sin guia en el mundo, es querer que en todas partes hallemos la nada, la nada que es consiguiente á nuestros deseos terrestres á medida que la fortuna los deja satisfechos.

Pero los niños no comprenden á Dios. ¿Y tú, filósofo, le comprendes? El niño ruega á Dios como ruega á su padre: ¿imaginas tú alguna cosa tan grande, tan verdadera? Hay en las primeras palabras de la oracion cierta cosa que supera todas nuestras ambiciones mortales, cierta cosa infinita que nos abre el cielo: « Padre nuestro! »

Ahí tenemos el hombre casi completo. Hemos visto nacer sucesivamente en él el amor de lo bello, el sentimiento moral, la conciencia y el infinito. Y sin embargo la razon no parece todavía. Fuera inútil, porque no tendria cosa alguna que ilustrar; seria funesta, porque romperia la graciosa carrera de la indiferencia, tan ventajosa á la niñez, y que tan bien nos sienta en los juegos de la primera edad. La razon llega mas tarde, en la época azarosa en que las pasiones se desencadenan, ó las ambiciones nos destrozan. Entónces, si supimos desplegar las demas facultades del alma, esas cualidades exquisitas que son el encanto de la niñez, y que en la adolescencia producen el entusiasmo, no hay que dudar de la victoria. ¿Hay en la tierra vicio alguno que no desaparezca ante la revelacion de lo bello? un error que no se desvanezca ante las luces de la razon? ¿Y no es la concieneia mas poderosa que el hierro, el fuego, el tormento, la voluptuosidad? Desplegad en César el sentimiento moral que animaba á Caton, y Roma será libre y César un grande hombre; desplegad en Alejandro el sentimiento de lo bello que animaba á Sócrates, dad á su ambicion el infinito de la virtud: en lugar de conquistar el mundo, Alejandro querrá hacerle feliz. Un pensamiento generoso en el alma de una madre hubiera sido entónces suficiente para salvar el linaje humano.

CAPÍTULO XXXII.

COMO LOS LEGISLADORES EDUCAN LA CONCIENCIA.

No hay error que pueda ser útil, ni verdad que pueda dañar.

(DE MAISTRE, *Veladas de S. Petersburgo*, t. I, p. 491.)

El triunfo de la luz será siempre ventajoso al engrandecimiento y mejora de la especie humana.

(Madama DE STAEL, *Consideraciones sobre la revolucion francesa*, tom. I, pág. 2.)

Los legisladores someten los pueblos por medio de la educacion de la conciencia: y por ello esta educacion es la única que los trae inquietos. Árbitros de la mas poderosa de nuestras facultades, le imponen hábitos y principios, la corrompen para dominarla, convirtiendo su fuerza en provecho suyo, de modo que la conciencia de las naciones expresa el genio mas ó ménos moral, mas ó ménos generoso de sus legisladores.

Licurgo, aislando dos ó tres sentimientos, forma un pueblo de héroes: ser ciudadano de Esparta, es preferir la muerte á la injusticia, y la patria á todo. Leónidas en las Termópilas envia á decir á Xerxes, que le proponia el trono de la Grecia: « Si conocieses en que consiste el bien de la vida humana, no codiciarias lo que es de otro. » Y otra vez vencidos los Espartanos, queriendo Antipater imponerles condiciones

muy duras, las rechazan: y como este se exaltase amenazando: « Si exigen de nosotros, le contestan, alguna cosa todavía mas dura que la muerte, tanto mejor, moriremos con mayor facilidad. »

Ciertamente, si hay algo que admirar en la historia de Esparta, no es tanto el cumplimiento de estos actos de una naturaleza extensa y poderosa, como su conformidad con los actos de la mas sórdida y criminal política. Si la ley lo manda, esos guerreros pródigos de su vida, y esos ciudadanos apasionados á la justicia, se entregan al crímen con la misma calma con que practican la virtud. Vedlos como se escurren furtivamente de noche en las campiñas, se emboscan, y cual salteadores, se echan de improviso, no contra enemigos dignos de su valor, sino contra sus propios esclavos, contra miserables desnudos, sin valor y sin armas, y los degüellan cobarde y desapiadadamente. ¿No os admira este poder del legislador? ¿cómo eleva, cómo humilla las almas? ¿cómo forma á su voluntad asesinos ó héroes? Aquí el hombre no es mas que un ser pasivo; no se le puede decir árbitro, ni de sus crímenes, ni de sus virtudes: ambas son el cumplimiento de una ley.

La organizacion de una república es como la organizacion de un mundo: la ley lo prevé todo, porque pone límites á todo. No se piensa mas de lo que ella quiere que se piense, ni se ve tampoco sino lo que ella quiere que se vea. La obra de Dios es el universo, y la obra del hombre en las naciones se parecen, porque ambos terminan en las tinieblas.

Con sola la diferencia, de que como el círculo del legislador es ménos dilatado que el de la creacion, las tinieblas estan mas inmediatas. Obligado á limitar los mismos dones de Dios, todo su trabajo se reduce á elegir las leyes de la naturaleza, y á coordinarlas á su obra. Cuanto mas talento tenga, mas generosa

será su eleccion; pero si, olvidando esta mision divina, quebranta las mismas leyes que le obligan á ser justo; si para cumplir su pensamiento necesita un pueblo criminal, entónces entra la necesidad de engañar las conciencias: no dirá, exijo que cometais un crímen, porque le desecharian; dirá: la patria, la religion, os imponen un deber; santificará el homicidio, cubriéndolo con el velo de una falsa justicia y de una falsa piedad. ¡Oh! el hombre debe ser muy celoso de su conciencia! La necesidad de engañar á los pueblos para hacerlos inhumanos, es un brillante testimonio en favor de la virtud.

Así, cuando el jóven espartano, salpicado de la sangre de los ilotas, tomaba arrogante el camino de la ciudad, ni su madre, ni su hermano, ni su mujer le gritaban al pasar: « Cobarde asesino. » No se oia la voz de un guerrero que le dijese: « Acabas de cometer en el camino real una accion propia de un salteador, una accion baja, cobarde! » Por el contrario todos los brazos estaban abiertos, todas las conciencias tranquilas, pues acababa de cumplir la ley.

Pero si una sola idea nueva penetra en la ciudad, si el robo es considerado como robo, la alevosía como alevosía, el asesinato como asesinato, todas las combinaciones del legislador quedan disipadas. Con tres cuerdas mas en la lira, la república corre riesgo. Así, ved cual fué su suerte: lo que no habian podido conseguir las armas de la Grecia, lo logró una órden muy sencilla. Destruyendo la educacion, destruyó el pueblo, ahogó el gigante en su cuna; así murió Esparta por un decreto de Filopemen!

De la Grecia pasemos á Roma, á esa Roma que se decia heróica, que consagraba altares á la virtud: allí como en Esparta, las almas mas nobles, los caractéres mas generosos sin remordimientos, y, lo que no es ménos triste, sin envilecerse, faltaban á todas

las leyes de la humanidad. Violar la libertad de un Romano, atacarle en sus derechos de hombre y de ciudadano, era un crímen imperdonable, que turbaba las conciencias y enojaba los dioses. Violar la libertad de los demas pueblos, degollarlos, robarlos, esclavizarlos, vender á subasta pública, como un rebaño, la poblacion entera de las ciudades, tratar de esta manera sucesiva y lentamente todas las naciones del globo, no era ser criminal, era sí cumplir una ley santa que prometió á los Romanos la dominacion del mundo. Roma debia mandar, y el mundo obedecer. Esta fué la máxima. Y habiendo penetrado en todas las almas, formó durante doce siglos todo el derecho público del pueblo-rey, toda la jurisprudencia de la humanidad.

No seríamos dignos de leer la historia si no sacásemos algun provecho de ella. La historia es la expresion viva de un principio general, y nos atrevemos á decirlo, sin excepcion, á saber, que la educacion de la conciencia determina en todo el globo las formas de la sociedad. Bajo de este punto de vista, la historia se presenta muy sencilla; resume en un cuadro magnífico, en el cual de un lado el legislador impone á la conciencia de los pueblos todas las creencias que considera favorables á su poder, dejando lo demas en la oscuridad; ó del otro presenta los pueblos desprendiéndose poco á poco de los errores fatales que los encadenan, y cediendo á la ley de progresion universal, que arrastra eternamente el linaje humano hácia la verdad. Ley sublime de la naturaleza, destinada á triunfar de todas las tiranías humanas.

Esta es la razon porque los gobiernos que se fundan en el error se oponen con tanta energía al resorte de la razon. Contra los asesinatos de Esparta, contra los furores religiosos, contra los sacrificios huma-

nos, ¿qué hubiera podido oponerse? la libertad de la conciencia y la inteligencia. Así en todas partes donde está el mal, es porque falta la verdad; así todos los crímenes del poder estan en la conciencia de los pueblos; en la cual los infunde él mismo, para echar mano de ellos en caso de necesidad. Leed la historia de la edad media, cuando ciertos religiosos preocupados recorrian las provincias del norte de Francia para sublevarlas contra el mediodía; cuando predicando una guerra de exterminio y de martirio, envenenaban toda la Europa con la pasion de la sangre de los herejes; cuando en fin el que se decia legado del papa, director de la cruzada, despues de un saqueo de treinta ciudades, y de un sinnúmero de mortandades, llegado al frente de Tolosa, juraba que « en aquel pueblo no quedarian hombres, mujeres, niños, niñas que no fuesen pasados á cuchillo, sin respetar sexo ni edad, y que en toda la ciudad no quedaria piedra sobre piedra, ni objeto que destruir (1). » ¿A quién se dirigian tan horrorosas palabras? al pueblo; ¿y qué hacia el pueblo? se prosternaba á los pies de aquellos que tan bien sabian expresar los votos de su conciencia; luego se entregaba al robo, al incendio, al homicidio, destruia las ciudades, degollaba sus habitantes, sin respetar viejos, jóvenes, niños, como se habia dicho, procurando sin embargo reservar algunos centenares de prisioneros para satisfacer la piedad de los peregrinos, que los veian quemar vivos con una alegría inexplicable, *cum ingenti gaudio*, dice el religioso de Vaux-Cernay (2), pintor sencillo de la opinion pública de aquella época, es decir, de la instruccion que equivocadamente los concilios (1) habian dado á la conciencia de la Europa mil doscientos años despues de la venida de Jesucristo.

(1) *Historia de los hechos de Tolosa*, p. 100, etc. — *Historia de los Franceses*, por Simondi, tom. 6, p. 508. — Véase tambien *Innocentii III*, libro XVI, p. 40, 41, 42, 44, 45, y la *Historia del Languedoc*, lib. XXII, cap. XLIII, p. 241.

(2) *Hist. Albig.*, cap. LI, p. 598.

Buscar en ella un acta de acusacion contra tal fanatismo, será desconocer el fin de estos estudios; nuestro objeto es de una importancia bien diferentemente grave; tratamos de hacer patentes los hechos de la conciencia, su fuerza, su poder, sus luces, su educacion, su influencia en la felicidad de las masas; escribimos aquí la sicología de la historia; estudiamos el alma humana en un pueblo, como los filósofos la estudian en un hombre; y por este doble estudio confiamos llegar á la verdad. Los hechos que acabamos de leer presentan los siguientes resultados positivos:

Que la conciencia es un juez que recibe su instruccion de los hombres y sus luces de la razon, bajo la influencia del cielo, de la religion y de la civilizacion.

Se nos dirá tal vez que hasta aquí no hemos tratado sino de los pueblos de la antigüedad y de la edad media.

Pues bien! ¿quereis hoy que las naciones se comuniquen, y que brillen de todos lados las luces de la razon; quereis, digo, ver conciencias mudas en el mismo seno del crimen? observad un turco, un ruso, un chino, y apénas osamos escribirlo, un americano de los Estados Unidos: acusad al chino de haber asesinado á sus propios hijos; al turco de haber mutilado á un hombre; al ruso de haber vendido con la tierra al labrador que la cultivaba; al americano de estar alimentando esclavos en el mismo pais de la libertad; todos os escuchan, todos os oyen sin sonrojarse, todos se entregan inocentemente á los

(3) El concilio de Lavaur y el de Letran. Véase la *Coleccion de concilios* del padre Labbe, tom. XI, p. 81, 117, 240, etc.

crímenes que reciben de la opinion pública, y que la educacion cubre con sus velos.

Los que quieren desviar la conciencia empiezan por apagar su antorcha; en otros términos, ahogan la razon que debiera servirnos de guia, descompletan el hombre.

Aislada de esta manera, la conciencia lo admite todo sin exámen alguno, glorifica el crímen y condena la virtud; sin embargo, con la condicion muy digna de notarse, de que se le presenta el crímen como una virtud y la virtud como un crímen.

Los *aliados* del Viejo de la Montaña y de Jaime Clemente elevan al cielo sus manos sangrientas, y mueren con apariencia de gloria y de santidad.

La conciencia, no por estar alegre y tranquila, es buena conciencia; es buena cuando es ilustrada á la par que tranquila.

Así llegamos á la conclusion rigurosa, de que nuestro solo medio de salvacion, entre tantas influencias mortales, es el conocimiento del deber y del derecho, es decir, de la verdad.

Pero ¿qué es la verdad? ¿y hay una verdad? y si la verdad existe, ¿dónde está la prueba de su existencia? ¿en dónde está su obra en esta tierra de decepciones? ¿quién, en medio de los errores de los pueblos, de los sistemas de los filósofos, de la embriaguez de nuestras pasiones, nos la manifestará? Este es sin duda uno de los estudios dignos del hombre: la verdadera educacion de la conciencia. A ella dedicaremos pues un libro entero: no pareciéndonos mucho emplear algunos centenares de páginas para poner patente la situacion moral del globo en el tiempo de Moises, de Sócrates y de Jesucristo, para medir los pasos del linaje humano en un camino de seis mil años.

CAPÍTULO XXXIII.

DEL DESARROLLO DE LA RAZON EN EL GLOBO.

El mundo, á mi parecer, no es mas que una gran familia. ¿Y era tal vez otra cosa en su orígen? ¡á qué pues el ansia de atribuirlo todo á los suyos, en un círculo tan limitado, si no es esto favorecer una parentela que recordamos, en perjuicio de otra olvidada!

(RICHARDSON, *Historia de Clarissa*, tom. 1.)

Hállanse en las verdades eternas recursos contra los errores transitorios.

(Madama de STAEL, *Alemania*, t. 1, p. 61.)

Si desplegamos las facultades de la inteligencia, veremos que nos da únicamente opiniones, habrá caos, divagaciones, sistemas, ningun principio. Los hombres de una sociedad, sometida á esta clase de educacion, tan solo se unen bajo la influencia de sus pasiones fugitivas; reunidos políticamente, quedan siempre moralmente aislados.

Si desplegamos las facultades del alma, brotan principios por todos lados: y en este caso los hombres vienen á parar á un corto número de verdades, que son espontáneas expresiones de la razon pura, y que constituyen el linaje humano. Es de mucha importancia no confundir esta razon superior con las razones escasas y variadas que deshonran la humanidad. Seguid con atencion la razon personal de un